


El temperamento español

V. S. PRITCHETT

Traducción de Ramón de España

gatopardo ediciones 

Título original: *The Spanish Temper*

© V. S. Pritchett, 1954

© de la traducción: Ramón de España, 2015

© de esta edición, 2015:

Gatopardo ediciones

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: noviembre de 2015

Diseño de la colección y de la cubierta:

Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:

Campos de Castilla (Cortesía de Antonio Arias Megías).

Imagen de interior:

Vista de la ciudad de Ávila en la década de 1950

de autor desconocido (Postal, Ed. AISA, h. 1950. Col. J. L. Pajares)

ISBN: 978-84-944263-3-9

Depósito legal: B 22327-2015

Impresión: Reinbook Impres, S.L

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Vista de la ciudad de Ávila en la década de 1950.

Para Dorothy

INTRODUCCIÓN

El temperamento español se publicó por primera vez en 1954 y se ha reeditado otras tantas desde entonces. Fue escrito tras una larga experiencia española que se remonta a treinta años. Yo tenía veintitrés cuando visité por primera vez España y residí dos años en Madrid como corresponsal del *Christian Science Monitor*, si bien apenas tenía experiencia como periodista. No hablaba el idioma ni sabía gran cosa del país, aunque, en un arranque de excentricidad infantil que se reveló profético, con doce años había escrito cien páginas de una novela sobre la caída de Granada. Por suerte, no había muchas noticias que dar bajo la —que ahora se nos antoja tolerable— dictadura militar de Primo de Rivera, razón por la que se me propuso recorrer el país. En aquellos tiempos llegabas a España en tren desde París. Nunca olvidaré el gélido día de invierno en que crucé la frontera de Hendaya y, unas horas después, vi por primera vez el puerto de Pancorbo, por el que el tren serpenteaba en dirección a la extraña meseta lunar y las montañas serradas de Castilla. Aquel paisaje me estimuló la imaginación. Anhelaba recorrerlo a pie. Cosa que hice en su momento, desde Badajoz, en el sur, hasta Vigo, en el noroeste, y por las entonces poco conocidas montañas asturianas. Escuché por primera vez lo que Borrow llamaba «el lenguaje señorial de Castilla», y

pasé los años siguientes consagrado a aprenderlo, metido hasta el cuello en la historia de España, la literatura y la pintura españolas, y especulando sobre la naturaleza de esa nación.

Y así fue como, de pronto, me sentí atrapado. Fui afortunado de estar en España en una época en la que la mayoría de los miembros de la famosa Generación del 98 se hallaba en plena madurez: Baroja y Ayala, los novelistas; Azorín, el ameno ensayista; Unamuno y Ortega y Gasset, los filósofos; y muchos otros que, tras el desastre de Cuba, estaban decididos a paliar el atraso de España mediante la reeducación. Entre los poetas, estaban Machado, Juan Ramón Jiménez y el joven Lorca. Muchos de ellos le tomaron afecto a este extranjero joven y motivado que era yo entonces, y la verdad es que me reeducaron. Me liberaron del simplista concepto norteamericano de la llamada «leyenda negra» del fanatismo español por lo que a la religión se refiere, y también de las ilusiones románticas de la España de *Carmen* hecha de «sangre y toros». Al final de esos dos años, no exagero si afirmo que España fue mi primera universidad y que me cambió la vida.

Soy, por naturaleza, un viajero más aplacado que impertinente, quiero decir que no soy dado a las observaciones burlescas que muchos viajeros británicos y franceses, por distinguidos que fueran, han aireado al visitar países extranjeros. Yo tendía más bien a desprenderme de mi origen inglés y de mí mismo. El fanatismo español me repelía, pero... ¿qué influencias lo habían creado? ¿Había otras tensiones en la naturaleza o en el temperamento de los españoles? Al final, evidentemente, no dejé de ser inglés, pero sí me enfrenté a ese enemigo de las creencias sin fundamento que había heredado; ese enemigo que se convierte en amigo indispensable cuando eres joven y superficial. Cuando mi trabajo se acabó, me sentía tan cautivado por el

lugar que regresé una y otra vez a España hasta la Guerra Civil, no como turista, sino para viajar más y, a menudo, en condiciones precarias. En los años cincuenta, tras una guerra salvaje —la tercera en cien años—, volví de nuevo para escribir este libro y saldar mi deuda con mis mentores españoles de ambos bandos, muchos de los cuales habían sido ejecutados, encarcelados o forzados al exilio. La España que conocí no había desaparecido del todo, pero había entrado en el siglo xx, siendo el último país de la Europa occidental en hacerlo. Cientos de miles de campesinos habían abandonado sus tierras: ahora las ciudades contaban con extensísimos suburbios modernos. Enormes bloques de pisos se alzaban como fortificaciones en torno al viejo núcleo; los coches inundaban las otrora tranquilas carreteras por las que se arrastraban las mulas (hasta en el centro de Madrid las veías tirar de los pequeños tranvías amarillos). Los tugurios se habían convertido en cafés elegantes, el pueblecito pesquero de Torremolinos era ahora como un pedazo grande de California y hasta la pequeña Málaga disfrutaba a diario de su ración de *smog* marrón. El avión había traído al turismo de masas, y las silenciosas callejuelas de lugares remotos, que sólo de vez en cuando habían visto a un profesor de paso, estaban abarrotadas de extranjeros ataviados con colores chillones. Los cambios sociales y de costumbres eran enormes, aunque mi libro no pretende ser una guía, y ni mucho menos se centra en la política contemporánea. Es evidente que se ha producido un cambio en la situación de la mujer, y que también ha habido cambios, y considerables, en la educación popular y avanzada. Sí, se ha producido una especie de revolución social; un pueblo que, tiempo atrás, se aferraba a sus regiones, ha sido expulsado de ellas, tal como les sucedió a los británicos en su propia Revolución industrial de hace ciento cincuenta años. Aun así, por lo que vi y oí, la naturaleza española o el tempera-

mento nacional no parecen haber cambiado demasiado. Sigue prevaleciendo ese individualismo intensamente anárquico, así como esa sorprendente dignidad viril que constituye un rasgo innato en los españoles.

V. S. PRITCHETT, Londres, 1983

PREFACIO

Éste es un libro personal que no pretende sólo informar. Da por hecho que el lector ya ha leído alguna guía al respecto. Lo escribo porque, entre todos los países extranjeros que he conocido, España es el que me ha causado una mayor impresión. Lo visité por primera vez en los años veinte, siendo muy joven, y viví allí durante casi dos años. Y los efectos de esa experiencia fueron tan drásticos como duraderos. Casi podría decir, sin pecar de retórico, que la visión del paisaje castellano me cambió la vida. Y no es difícil deducir por qué: había leído *Del sentimiento trágico de la vida*, de Unamuno. Pero aunque no lo hubiese hecho, me habría percatado igualmente de que España es un viejo e inevitable enemigo de Occidente. Ahí asistimos a la historia puesta del revés y se nos revela la vida al desnudo. Ni en Francia ni en Italia puedes sentirte tan aterrorizado. Todas las ansias vitales se manifiestan con crudeza en España. Vemos esas ansias primitivas que nos dominan, pero también atisbamos cómo, gracias a una extraña mezcla de estoicismo, fatalismo y letargo, las pasiones de la naturaleza humana se reprimen con no poca convicción.

Por lo que respecta a la variedad, extrañeza y grandeza, el paisaje español no tiene parangón en Europa. Me fui a vivir a Madrid en 1924 y recorrí la mayor parte del país

durante los siguientes dos años. Caminé por las montañas de Asturias, por Gredos y Guadarrama. Dos años después, recorrí a pie la ruta entre Badajoz y Vigo, pasando por Extremadura, y alojándome principalmente en las aldeas de la zona. Ese viaje lo describí en un libro de juventud, *Marching Spain*, felizmente descatalogado, y tuvo lugar durante el periodo feliz de Primo de Rivera. Volví varias veces hasta 1935, y a esas alturas ya había estallado la sublevación de Asturias y las prisiones estaban llenas: el fanatismo de la derecha y de la izquierda abocaba rápidamente a España a la Guerra Civil. Esa guerra trajo el horror a los españoles, así como el engaño y la vergüenza a los extranjeros. Muy pocos de mis amigos españoles aceptaron la versión simplista de su historia y su sociedad que se les brindaba en los albores de la lucha antifascista en Europa; enseguida se encontraron divididos y muchos fueron asesinados por uno u otro bando. Mientras, por un lado, las potencias administraban el lamentable fraude de la No Intervención, y el gobierno británico abandonaba su habitual política hacia España y traicionaba a sus amigos, por otro lado también quedaba claro que los españoles rechazaban de manera instintiva las ideologías occidentales. Desdichado del extranjero de cualquier partido que se involucre en la reyerta española y que crea que España es una extensión de Europa.

No esperaba volver a España después de 1935, pero la fuerza de la atracción original perduraba. La curiosidad me pudo, así que regresé en 1951 y 1952 y me encontré un país en apariencia muy cambiado, repleto de turistas en los lugares de rigor, pobre de cuerpo y aturdido de mente, pero inalterado en lo fundamental, o eso me pareció. Esos dos viajes son la base del presente volumen. Contiene muchas generalizaciones y observaciones que resultarán controvertidas, ya que los españoles casi nunca comparten nada de lo que se diga sobre su país, pero hasta donde pueden

llegar las reflexiones de un viajero, creo que éstas beben de muchas fuentes de la literatura y la vida españolas. En ese sentido, he contraído muchas deudas de las que he dejado constancia en el texto. En especial, me gustaría recomendar a quienes estén interesados en el contexto de la Guerra Civil *El reñidero español*, de Franz Borkenau, que harían bien en leer. Una gran parte del material relativo al contexto económico se la debo a los dos primeros libros de mi amigo Gerald Brenan: *El laberinto español* y *La faz de España*. Nadie conoce el país mejor que él, nadie es más sabio y perspicaz al respecto.

V. S. PRITCHETT

CAPÍTULO I

Tomo estas notas durante esas dos horas de impaciencia que empiezan de buena mañana cuando el tren eléctrico sale de la villa de Biarritz. Estás hambriento e irascible, has dormido mal y te pones a fumar demasiado temprano y con nervios. En el pasillo, nadie tiene ganas de hablar después de una noche así. Las mujeres se recomponen el rostro y se peinan, los hombres están de pie y se rascan la barba que les ha crecido de ayer a hoy. El retrete huele mal. Contemplas las largas sombras del sol naciente en el pinar; ves el polvo, el verdor cubierto de rocío, las casas de tejados resecos, el campo generoso de clima amable, cielo ingenuo y vida sosegada. El sol de ayer aún calienta esos pueblos de terracota. Te encantaría disponer aquí de una casita de muñecas y calcular tu pensión y tus *rentes* treinta veces al día, como un francés, calmar tu agitada mente norteña con una conversación que consista básicamente en utilizar pronombres extraños, administrar con cuidado tus dineros, tus placeres y tus indulgencias.

Pero la visión prolongada de Francia aburre; sientes impaciencia por asistir al drama de la frontera y los violentos contrastes, por la insatisfacción y la indiferencia de España. Estás ansioso por poder constatar el famoso texto de Galdós en los *Episodios nacionales*, siempre tan citado:

Oh, España, ¡cómo se te reconoce en cualquier parte de tu historia adonde se fije la vista! Y no hay disimulo que te encubra, ni máscara que te oculte, ni afeitte que te desfigure, porque a donde quiera que aparezcas, allí se te conoce desde cien leguas, con tu media cara de fiesta, y la otra media de miseria, con la una mano empuñando laureles y con la otra rascándote tu lepra.

Para saber a qué nos enfrentamos deberíamos llegar a España en aeroplano y volar hasta su centro. Desde el aire, Inglaterra está atestada de casitas, si es que la tierra es visible a través de la bruma; Francia se extiende cual linóleo verde dividido en pequeñas y febriles parcelas, un país de campos fértiles; pero cuando atraveses la mancha oscura de los Pirineos, verás que España es de color marrón rojizo, amarillo y negro, cual toro polvoriento descansando sobre las rocas y la arena de un lugar que (suponemos) deshabitado. Los cauces de los ríos son anchos, descoloridos y resecos. Después de Suiza, éste es el país más alto de Europa. El centro es una meseta quebrada por barrancos y, en su superficie, las cadenas montañosas se yerguen en toda su extensión. Hay poco verde, salvo en la costa; o más bien ese verde consiste en el brillo oscuro de la encina, el olivo y el pino, que desde la altura a la que volamos aparecen como burbujas en forma de lago y color púrpura. Durante la mayor parte del trayecto, tenemos debajo una estepa, helada durante el largo invierno y ardiente como un horno durante el corto verano. Es un desierto fortificado, aunque la imagen animal no deja de aparecérsenos en este escenario metálico y rocoso, pues de vez en cuando un pico apunta repentinamente, cual cornamenta de toro, hacia las alas del avión. Mientras sobrevolamos España, nos asombramos ante la tortura que el tiempo ha infligido al caparazón terrestre y nos preguntamos cómo pueden vivir ahí seres humanos.

En Soria, la provincia terrible, bajo las taimadas montañas de Aragón, recuerdo haber recogido a una anciana que se había caído del burro y haberla llevado a la cuneta para limpiarle la sangre de la nariz. Era una figura tallada en madera, leve como una cáscara. Era como tener la inanición en tus manos.

Pero es mejor, diría yo, elegir la ruta lenta hacia España y experimentar la ruptura con Europa en la frontera terrestre. Es cierto que en Irún no estás en España, sino en las provincias vascas, entre personas de una raza y una lengua tan misteriosas que constituyen una anomalía europea; lo mismo que ocurre, en el otro extremo de los Pirineos, con Cataluña, donde la gente es en realidad provenzal, habla su propio idioma y suele ironizar sobre el proverbio español «África empieza en los Pirineos», convirtiéndolo en «África empieza en el Ebro». Pero la huella de España se percibe en estas provincias, así como la mancha española rebasa sus fronteras. La puedes encontrar en Montpellier; por la parte del Atlántico llega hasta Biarritz, San Juan de Luz y Bayona. Y en esos lugares te tropiezas con algo profunda e inquietantemente español que se remonta a los orígenes del carácter nacional: los exiliados. Mucho antes que la Europa de los años treinta o la Rusia de comienzos del siglo XIX, el gran productor de exiliados ha sido España, un país incapaz de tolerar a su propia gente. Los moros, los judíos, los protestantes, los reformistas..., fuera de aquí; y que se larguen también, en distintos periodos, los liberales, los ateos, los curas, los reyes, los presidentes, los generales, los socialistas, los anarquistas, los fascistas y los comunistas; fuera la derecha, fuera la izquierda, fuera cualquier gobierno. Esta evidencia recuerda el cruel rugido insultante que resuena en la arena cuando el torero hace una mala faena; que lo echen. Hendaya y Bayona están ahí para recordarnos que España, antes de las dictaduras, los estados policiales y los cazado-

res de brujas de la historia contemporánea, ha dominado como nadie el arte de fabricar exiliados. Y los exiliados atraviesan el puente de Hendaya hacia Francia, el país que todo lo ha tolerado, y desde las ventanas del hotel francés de turno, el nuevo exiliado mira al otro lado de la ensenada los siniestros campanarios de su país natal, oye sus estridentes campanas a través del agua y detesta a esa Francia que le ha ofrecido refugio. Está orgulloso de su odio, se hunde en el fatalismo, la apatía, las intrigas y las peleas con los demás exiliados y proclama con orgullo: «Somos el pueblo imposible».

Hendaya: el tren muere en las aduanas. Atisbas la primera muestra de la imposibilidad española. Un joven está asomado a la ventanilla del vagón, hablando con un amigo que se halla en el andén. El amigo no está autorizado a pisar el andén, no vaya a ser que pase algo de contrabando. El gendarme le ordena que se vaya. El español toma nota y le dice a su amigo lo que le tiene que decir. Es algo muy sencillo.

—Si vas a verles el miércoles, diles que ya he llegado y que apareceré a finales de semana.

Pero si un gendarme francés y mandón cree que así es como actúan los españoles, está muy equivocado. El simple concepto se convierte en lo siguiente:

—Supongamos que los ves y les dices que estoy aquí, pero si no, no; puede que no los veas en persona, pero igual hablas con ellos por teléfono o les envías un mensaje a través de alguien, y si no es el miércoles, pues el martes o el lunes; si dispones de coche podrías elegir el día que más te convenga y decir que me viste, que nos encontramos en la estación y que yo te dije que si tenías alguna manera de enviarles un mensaje o de verlos, pues que igual aparecía el viernes, o el sábado, a final de semana, vamos, puede que el domingo. O no. Si aparezco, aparezco, y si no, pues ya veremos, así que suponiendo que los veas...

Dos españoles pueden prolongar durante una hora este tipo de conversaciones, basta con leer los periódicos locales para comprobar que subsisten envueltos en un caparazón de prolijidad. El gendarme francés insiste en que el español debe irse. El español del andén se da la vuelta por completo, no sólo vuelve la cara, y contempla sin rencor al gendarme. Está calibrando un concepto muy complicado: la existencia de una personalidad ajena. Se da la vuelta porque no ha captado nada más que una leve oposición. No es una muestra de desprecio; simplemente, es incapaz de hacer dos cosas a la vez. Se dirige de nuevo al del tren, vuelve sobre el mismo tema desde su punto de vista, con la misma profusión de detalles y añadiendo salvedades y estipulaciones de su cosecha, hasta que una especie de telaraña impenetrable se ha tejido en torno a ambos. Sólo son conscientes de sí mismos, y los pormenores de su charla son un modo de aniquilar cualquier posibilidad de reconocer al otro. Están perdidos en el sonido de sus charlatanes y monótonos egos, y sólo se les podría sacar de ahí a tiros. La prolijidad española, la pasión por el detalle que se perpetúa a sí mismo se observa incluso en algunos de sus más notables escritores —en las novelas de Galdós, sin ir más lejos, en el pasaje que he citado anteriormente hay tres imágenes para mencionar la «máscara»—, y crea un mundo propio tan ligero como impermeable. Sin embargo, los españoles tienen un idioma lacónico, la utilización de la tercera persona es abrupta y económica, hasta su poesía más ornamental usa frases concisas y tiende a lo lapidario y lo proverbial. Los españoles pueden ser tan reservados y silenciosos como los ingleses; pero cuando llevados por su tendencia al extremismo se sientan a charlar, te parece estar viendo a alguien que hace punto, tan preciso es el detalle y tan repetitivo el método. La verdad es que son gente de excesos: se exceden en el silencio y la reserva, se exceden al hablar cuando se lanzan

de repente a ello. Naturalmente, es absurdo generalizar sobre una nación a la vista de dos personas en el andén de una estación; pero somos viajeros, así que corrijamos una generalización añadiendo muchas más. Ya habrá tiempo de reflexionar sobre la variedad de la naturaleza humana y sobre cómo se perpetúan los estereotipos. Más adelante. De momento, hablemos de los demás españoles del tren.

Resultó fácil distinguirlos de los franceses cuando se subieron al vagón, en París, pero no tanto de los italianos. Los hombres españoles iban mejor vestidos que los de otras nacionalidades, independientemente de su clase social. La ropa se les ajustaba bien a la cintura y los hombros, y se movían con discreción y dignidad. Sus gestos eran austeros; sus despedidas, tranquilas y viriles. No hablaban mucho y lo que decían era conciso, educado e indiferente. Se comportaban con la misma desenvoltura de la gente que se deja llevar por la costumbre y daban la impresión de cierto desapego aristocrático. Eso sucede en todas las clases sociales, se trate de ricos o de pobres, pues todos hablan y se comportan por igual. En España no hay acentos dignos de mención que marquen la diferencia de clase, sólo existen las variantes regionales del idioma común. Ese hombre es andaluz, ese otro, gallego; sólo puedes intuir su clase social por la ropa que lleva. Se supone siempre que uno está entre caballeros, y hasta el *señorito**, por pretencioso que sea, lo admite cuando se le han acabado las gracias. La palabra «caballero» no siempre resulta halagadora, pues implica ejercer un control convencional permanente sobre una parte de la personalidad y arrastra una leve connotación clasista. En este estricto sentido, un español no puede ser un «caballero» porque, aunque cumpla todas las reglas cuando duerme, se desata en cuanto despierta. Su conducta se rige

* Las palabras en castellano que aparecen en cursiva figuran así en el original.

por su orgullo personal, no por su categoría, y para él es de lo más natural mostrarse orgulloso. Ese orgullo puede acabar siendo molesto, pero le sienta bien y no hay quien lo extirpe. El hombre es, y siempre lo ha sido, un hidalgo —un *hijo de algo*—, una persona de cierta consideración. Y a dicha consideración, por intangible que resulte, se atiene hasta el mendigo. Hay que tener en cuenta que, durante los siglos XVI y XVII, los españoles eran la raza dominante en el mundo, los fundadores del primer gran imperio tras el romano, más persistentes en la conquista y en la administración que los franceses, que vinieron a continuación, y que triunfaron donde los alemanes nunca lo habían logrado, convirtiéndose en los auténticos predecesores de los constructores británicos de imperios de los siglos XVIII y XIX. Los españoles del tren mostraban la sencillez típica de los que antaño desempeñaron un papel imperial. Lo normal era imaginárselos mirando hacia atrás con resignación filosófica. Los que ya no mandan deberían enseñar.

No había petulancia ni vanidad en esos viajeros. No anidaba en ellos el crispado impulso de los europeos. Carecían de la innata vanidad y agudeza mental de los franceses, de su rapidez a la hora de aislar y abstraer un problema. Como tampoco tenían la ingenua vivacidad o la amabilidad de los tolerantes italianos. Tales razas intentan atraer o complacer permanentemente; el español se esfuerza poco y prefiere que seamos nosotros quienes lo descubramos. Su negligencia nos permite tomar cierta distancia: «*Nada*», dice tranquilamente ante cada tema que se aborda.

Estaban de pie en el pasillo del vagón y contemplaban los campos de Francia. Unos campos más fértiles y mejor cultivados que la mayoría —si bien no todos— de los españoles. El español no niega esa evidencia, aunque mencionará la provincia olivarera de Jaén, la vega de Granada, las viñas de La Rioja y de Valdepeñas y los fértiles cultivos

valencianos, y —con esa exageración a juego con el orgullo local— dirá que esos lugares son «los mejores del mundo»; y acertará con respecto a Valencia. Pero España, en su conjunto, es un país pobre, y sus habitantes no lo niegan. Simplemente no les interesa lo que hay fuera de España, pues no sienten ningún interés por lo extranjero, cuya mera existencia califican de perjudicial y ofensiva. El español vive de espaldas a lo foráneo. Su falta de curiosidad al respecto es casi una religión.

Cuando crucé por primera vez la frontera de Irún, hace casi treinta años, recuerdo haber oído a un español despotricar de su propio país. En ese momento pensé que se trataba de algún tipo de protesta política, pero desde entonces he oído la misma queja en docenas de ocasiones. Una y otra vez: «Éste es uno de los males de España. Somos decadentes, meapilas, taimados, bárbaros, corruptos, ingobernables», etc., etc. España es el cielo o el infierno, un lugar para la furia o el éxtasis. Como los rusos del siglo XIX, los españoles tienden a arremeter contra su propio país, y, entre 1898 y 1936, tales embestidas culminaron en un renacimiento del puritanismo. Habían pasado por dos salvajes guerras civiles en ese siglo y, para los intelectuales, esas guerras representaban un conflicto entre el catolicismo reaccionario y el liberal, entre África y Europa, entre la tradición y el progreso. En los textos de Ganivet, Ortega y Gasset, Unamuno, el primer Azorín, Maeztu, Ayala y Baroja —brillante escuela sin sucesores, coetánea de los eficaces esfuerzos de Giner de los Ríos para crear una minoría cultivada—, el examen de la enfermedad española se llevó a cabo sin retórica alguna. Dondequiera que encuentres una mente superior en España, puedes estar seguro de que se ha formado gracias a esa generación trágica, de la que muchos murieron con el corazón roto durante la Guerra Civil, si es que no fueron ejecutados o forzados al exilio. Quizá

algunos de esos viajeros del tren hayan recibido su influencia, o puede que se muestren hostiles o indiferentes a ella; si queremos encontrar un terreno común a todos, tal vez debamos mirar más allá de las opiniones de cada cual. Ese terreno común no es su nacionalidad.

Y es que el español no se considera como tal en un principio, si es que llega a considerarse alguna vez. La península es una masa de geografía rocosa. Tema habitual en la retórica española, la excusa perfecta para hablar de la españolidad, para el patriotismo y la rebelión... Y los españoles saben por experiencia, generación tras generación, cómo acaban esas cosas: en *nada*, en mera resignación. El terreno sobre el que estos viajeros sustentan sus vidas es más pequeño que España. Están enraizados en sus respectivas regiones, incluso ahora, tras una Guerra Civil que ha mezclado a la población y ha derribado barreras fervientemente protegidas. Son vascos, catalanes, gallegos, castellanos, andaluces, valencianos, murcianos y demás antes que españoles, y antes que sentirse parte de una región, se consideran de un pueblo o una aldea; y es en ese lugar, grande o pequeño, donde creen que anida la perfección... Incluido el autoflagelador pueblo murciano, que dice de sí mismo: «Entre la tierra y el cielo, en Murcia no hay nada bueno». Me viene a la memoria aquella obrera de los hermanos Quintero, *La dama de Alfaqueque*: una mujer de ese villorrio perdido de Andalucía al que amaba hasta tal punto que se dejaba engatusar y timar por cualquiera que asegurase proceder de allí. Recuerdo oírle decir a una mujer de Madrid que había pasado sus últimos diez años en el exilio político: «Vivíamos mejor fuera, cuando estábamos exiliados, pero nunca pude olvidar el agua de Madrid, y mis ansias de su sabor acabaron siendo una tortura».

El provincianismo del español constituye su eje vital y su pasión. Y eso lo extiende a todos los ámbitos. Su ciu-

dad no se parece a ninguna otra. Es la única. Y él tampoco es como ningún otro ser humano; de hecho, él es el único ser humano. Bien considerado, en el mundo no hay nadie más que él. Él y, en el extremo opuesto, el Universo. No hay nada entre el hombre y el Universo. Para nosotros, los occidentales, hay algo más aparte del hombre y lo definitivo o universal; está la civilización, o lo que los españoles definen con desesperación como el *ambiente*; e insisten en que no hay nada que hacer con España por culpa de esa falta de *ambiente*, o de una atmósfera favorable. ¿Cómo puede existir algo tan trivial como una «atmósfera favorable» en un sitio en el que las personas no se sienten relacionadas entre sí, sino tan sólo vinculadas a una remota trascendencia personal? Los devotos creen pertenecer a Dios, pero no a la Ciudad de Dios, sino a una figura invisible sentida en lo más hondo; y los impíos, a alguna visión individual. En el fondo, todos son anarquistas.